

estremeciéndose.) Con tu voz de sirena atraes á los bienaventurados, contándoles las bellezas de lo infinito... Con oro engañas á los hombres, con mujeres y coronas. (Después de un momento de reflexión, con firmeza.) Luchar por una diadema, obra es magnánima; despreciarla, divina. Resuelto.) ¡Sucumbe, tirano! Sé libre, oh Génova, y yo (En ólce éxtasis.) tu más venturoso ciudadano.

---

### ACTO III.

---

Desierto espantoso.

#### ESCENA PRIMERA.

VERRINA y BORGONINO llegan á este lugar de noche.

BORGONINO. (Deteniéndose.) Pero ¿á dónde me llevas, padre? El sombrío dolor, que te aquejaba al llamarme, se manifiesta siempre en tu respiración angustiada. Rompe ese horrible silencio. ¡Habla! ¡Yo no ando más!

VERRINA.—¡Aquí es!

BORGONINO.—El paraje más desconsolador, que has podido hallar. Si lo que has de decirme, oh padre, es semejante á esta región, mis cabellos habrán de erizarse de espanto.

VERRINA.—Es un sitio risueño, si se compara con las tinieblas de mi alma. Sígueme á donde la podredumbre devora á los cadáveres, y á donde la muerte celebra su horrendo banquete... en donde los lamentos de los condenados regocijan al demonio, y las lágrimas estériles del dolor se deslizan por la criba de la eternidad... allí, hijo mío, en donde el universo se deshace, y la Divinidad hace pedazos sus blasones bienhechores... allí te hablaré en medio de la destrucción general, y tú me escucharás, rechinando de miedo los dientes.

BORGONINO.—¿Escuchar? ¿Qué? Yo te conjuro...

VERRINA.—¡Joven! Temía... ¡Joven! Tu sangre es color de rosa... tus carnes, flexibles y tiernas. Naturalezas como la tuya se dejan arrastrar de sentimientos humanos y benévulos, y en su llama se funde mi prudencia cruel. Si el hielo de los años; si la pena, pesada como el plomo, hubieran retardado el vuelo alegre de tu alma... si una sangre negra y espesa, efecto de los sufrimientos, hubiese inundado tu corazón, entonces podrías comprender mi lenguaje lleno de amargura, y admirar mi proyecto.

BORGONINO.—Lo oiré, y lo aceptaré.

VERRINA.—¡No, hijo mío!... Verrina te ahorrará ese trabajo. Insoportable fardo, oh Escipión, abrume mi ánimo. Una idea terrible, como es tenebrosa la noche... bastante monstruosa para desgarrar un pecho humano... Yo, yo solo quiero realizarla... aunque yo solo no pueda soportarla. Si fuese orgulloso, oh Escipión, diría que ser el único hombre grande es un tormento... La grandeza, carga pesada para el Creador, la ha confiado, en alivio, á los espíritus... Oye, Escipión...

BORGONINO.—Mi alma está pendiente de la tuya.

VERRINA.—Escúchame sin contestar. Nada, joven, respondas. ¿Oyes? Ni una palabra siquiera... ¡Fiesco ha de morir!

BORGONINO. (Atónito.)—¿Morir? ¿Fiesco?

VERRINA.—¡Morir!... Lo dije ya, á Dios gracias... Fiesco ha de morir, oh hijo; ha de morir por mi mano... Ahora, véte... Hay acciones superiores á los juicios de los hombres... El cielo su único juez. Esa es una de ellas. ¡Véte! No quiero que la censure ni que la apruebes. Sé lo que me cuesta, y hasta. Oye, sin embargo... podrías extraviarte pensando en esto... Oye... ¿Lo observaste ayer, cómo se gozaba en nuestra admiración?... El hombre, que con su sonrisa ha engañado á Italia, ¿sufrirá otro igual en Génova?

¡Véte! Fiesco hará sucumbir al tirano, ¡no lo dudo! Fiesco será otro tirano, aun más peligroso, de la república; ¡esto es más seguro! (Aléjase con rapidez; Borgonino lo sigue con la vista, en silencio y estupefacto; después se va con lentitud.)

## ESCENA II.

Sala en casa de Fiesco. En el centro, una puerta grande de cristales, desde la cual se ve la mar y Génova. Es la hora del alba.

FIESCO. (Desde la ventana.)—¿Qué es esto? La luna ha desaparecido... la luz, llena de fuego, brota de la mar... Imágenes horribles han turbado mi sueño... todo mi sér gira dolorosamente en torno de un solo deseo. Quiero respirar el aire libre. (Abre la puerta de cristales; la luz de la Aurora ilumina al mar y á la ciudad. Fiesco recorre á grandes pasos el aposento.) ¿Que sea yo el hombre más grande de Génova, y que todas estas almas pequeñas no se agrupen alrededor de la grande?... Pero yo ofendo á la virtud (Determinándose.) La virtud... Los corazones magnánimos sienten otros deseos que los vulgares... ¿La virtud será común á ambos?... La armadura, que viste el cuerpo miserable del pigmeo ¿habrá de adaptarse al de un gigante? (El sol se levanta sobre Génova.) ¡Soberbia ciudad! (Dirigiéndose hacia ella con los brazos abiertos.) ¡Mía!... ¡y brillar en ella como el más espléndido sol!... ¡protegerla con mi poder soberano!... Mis ambiciosos cálculos... mi afán insaciable de mando ¿se sumergirán en ese Océano sin fondo?... ¡Seguramente! si el ingenio del ladrón no ennoblece el robo, el valor de éste ennoblece al ladrón, sin embargo. Vergonzoso es vaciar una bolsa... criminal hacer traición por millones... pero robar una corona es inmensamente grande. La vergüenza dis-

minuye cuando la maldad crece. (Pausa; después, con energía.) ¡Obedecer!... ¡Mandar!... abismo monstruoso, que da vértigo... Lanzad en él lo más precioso para el hombre... los conquistadores, sus triunfos... sus obras inmortales, los artistas... sus placeres, los epicúreos... sus mares y sus islas, los navegantes. ¡Obedecer y mandar!... ¡Ser y no ser!... Sólo el que conozca el abismo, que separa al último serafín del infinito podrá medir esa sima vertiginosa (Con ademán sublime.) Elevarse á esa altura horriblemente suprema... burlarse de ese torbellino arrebatador de la humanidad, en que se revuelve irónica la rueda engañosa de la fortuna... aproximar el primero sus labios á la copa del placer... llevar como con andadores á ese gigante acorazado, que se apellida la ley... herirla impunemente, y presentear los arranques de su cólera impotente, al estrellarse contra el dique de la majestad soberana... refrenar las pasiones indomables del Pueblo, á modo de caballos fogosos, con el fácil manejo de las riendas.. confundir en el polvo con un soplo el rebelde orgullo de los vasallos, cuando el cetro creador del Monarca realiza hasta los ensueños de sus delirios... ¡Ah! ¿qué imagen es esta, que arrastra al espíritu suspenso más allá de sus límites naturales?... Ser príncipe un instante llena la ambición humana. No es el espacio, el fondo de la vida es lo que constituye su valor. Descomponed el trueno en sus aislados elementos, y los niños se dormirán al oírlos; pero juntadlos en una explosión repentina, y su estampido soberano conmovirá al eterno firmamento... ¡Estoy resuelto! (Se pasea con majestad.)

## ESCENA III.

FIESCO y LEONOR, que entra con visibles muestras de inquietud.

LEONOR.—Perdonadme, Conde. Temo interrumpir vuestro descanso matinal.

FIESCO. (Retrocediendo atónito.)—Seguramente, señora, me sorprende vuestra venida con extremo.

LEONOR.—Nunca sucede así á los que se aman.

FIESCO.—Bella Condesa, exponéis vuestra hermosura al peligro del aire de la mañana.

LEONOR.—No sé tampoco si he de tener miramientos con el escaso resto que me queda, sólo para el dolor.

FIESCO.—¿Para el dolor, amada mía? ¿Deliraba yo hasta ahora, al creer que se conservaba el alma tranquila, no trabajando en revolver los Estados?

LEONOR.—Es posible... Siento, sin embargo, que mi pecho de mujer se desgarrá con esta tranquilidad de ánimo. Vengo, esposo mío, á molestaros con una súplica insignificante, si os dignáis perder este tiempo. Siete meses hace que soñé ser la Condesa de Lavaña. Ese sueño pasó, dejándome tan sólo malestar en mi cerebro. Quisiera evocar de nuevo las alegrías inocentes de mi niñez, para ahuyentar de mi memoria estos fantasmas dolorosos ¿Consentiréis, pues, que vuelva á los brazos de mi buena madre?

FIESCO. (Con el mayor asombro.)—¿Condesa!

LEONOR.—Tan débil, tan tierno es mi corazón, que debe inspiraros lástima. El más leve recuerdo de ese sueño ofende á mi imaginación enferma. Devuelvo, pues, los úl-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

timos vestigios de él, que todavía duran, á su legítimo poseedor. (Deja en un velador algunas joyas.) También este puñal, que atravesó mi corazón... (Sus cartas amorosas.) y éstas... y (Llorando.) sólo conservo las heridas.

FIESCO. (Corre conmovido hacia ella, y la detiene.)—¡Leonor! ¡Qué idea! ¡Por Dios santo!

LEONOR. (Cayendo en sus brazos sin aliento.)—Yo no he merecido el honor de ser vuestra esposa, pero esta esposa era digna... ¡Cómo silban ahora las lenguas de la calumnia! ¡Cómo me desprecian las señoras y doncellas de Génova! ¡Mirad cómo se marchita la necia, casada con Fiesco! ¡Pena cruel de mi vanidad femenina! Cuando Fiesco me llevó al altar, yo había mirado á mi sexo con orgullo.

FIESCO.—¡No, en verdad, señora! Esta escena es extraña.

LEONOR.—¡Ah! (Aparte.) ¡A Dios gracias! ¡palidece y se llena de rubor! Ahora cobro ánimo.

FIESCO.—Sólo dos días, Condesa, y entonces me juzgaréis.

LEONOR.—¡Sacrificada!... ¡Casta luz! ¡No me dejes decirlo! ¡Sacrificada á una mujer inmoral! ¡No; mirame, esposo mio! En verdad que los ojos, ante los cuales tiembla Génova humildemente, no han de bajarse ahora ante las lágrimas de una mujer...

FIESCO. (Lleno de confusión.)—¡Basta, señora, basta!

LEONOR. (Con pena y alguna amargura.)—¡Desgarrar el débil corazón de una mujer! ¡Digna empresa de un pecho varonil! Yo me refugié en los brazos de este hombre. Con deleite puse toda la debilidad de mi sexo al amparo de su fuerza. Le abandoné toda mi gloria... Y este corazón generoso la abandona á su vez á una...

FIESCO. (Interrumpiéndola con viveza.)—¡No, Leonor mía!

LEONOR.—¿Leonor mía?... ¡Gracias al Cielo! Oigo de nuevo dulces palabras de amor. Debiera odiarte, falso... y recojo ávida las migajas de tu ternura... ¿Odiar? ¡Bije odiar,

Fiesco? ¡No lo creas! Tu perjurio me hará morir, no odiar. Engañase mi corazón. (Se oye acercarse al Moro.)

FIESCO.—Accede, oh Leonor, á una súplica pueril mía.

LEONOR.—A todo, Fiesco, menos á tu indiferencia.

FIESCO.—Lo que queráis, cuanto queráis... (Con intención.) Hasta que Génova envejezca dos días más, ¡no me preguntéis! ¡no me condenéis! (Llévala con dignidad á otro aposento.)

#### ESCENA IV.

FIESCO, EL MORO, sin aliento.

FIESCO.—¿Por qué vienes así, sin poder respirar?

EL MORO.—¡Pronto, señor!...

FIESCO.—¿Ha caído algo en nuestra red?

EL MORO.—Leed esta carta. ¿Estoy yo aquí verdaderamente? Creo que Génova se ha abreviado en doce calles, ó que mis piernas se han alargado otro tanto. ¿Palidecéis! Algunas cabezas se juegan con mis piernas, y la vuestra es una de las cartas. ¿Qué os parece?

FIESCO. (Que tira sorprendido la carta encima de una mesa.) ¡Por tu cabeza de moro y por todos los diablos! ¿Cómo te has apoderado de esta carta?

EL MORO.—Al parecer... como os apoderaréis de la República. Un correo extraordinario debía llevarla á Levante. Pude olerlo, y aceché al desdichado en una hondonada. ¡Zas! la marta cayó... y nos quedamos con el gallo.

FIESCO.—¡Que su sangre caiga sobre tu cabeza! No hay oro bastante para pagarla.

EL MORO.—Me contentaré entonces con plata. (Serio y con aire de importancia.) ¡Conde Lavaña! Se me antojó vuestra

cabeza poco hace. (Señalando a la carta.) Aquí estaría otra vez... Ahora, según creo, el señor y el bribón viven en paz. Por lo demás, habéis de agradecerlo á mi buena amistad. (Presentale otra carta.) ¡Número dos!

FIESCO. (Que coge admirado la carta.)—¿Estás loco?

EL MORO.—¡Número dos! (Acercándose á él orgulloso, y tocándole con el codo.) ¿Tan torpe ha sido el león al perdonar al ratón? (Con mucha malicia.) ¡Hola! ha sido astuto sobre manera, porque si no, ¿quién lo libraría de la red, royendo sus mallas?

FIESCO.—¡Bribón! ¿Cuántos demonios te obedecen?

EL MORO.—Para servirlos... sólo uno, á quien mantiene un Conde.

FIESCO.—¡La misma firma de Doria!... ¿De dónde has sacado este papel?

EL MORO.—Calentito, de las manos de mi Bononi. Estuve ayer noche en su casa, y repetí vuestras buenas palabras, é hice sonar vuestros brillantes equines. Estos produjeron su efecto. Temprano, á las seis, pregunté de nuevo. El Conde estaba allí verdaderamente, como decíais, y pagaba con lo negro y lo blanco del papel el coste de un placer prohibido.

FIESCO. (Vivamente.)—¡Viles esclavos de mujeres!... Quieren acabar con la República, y no pueden callarse delante de prostitutas. Según dice este escrito, Doria y sus partidarios han formado el proyecto de asesinarme, juntamente con once senadores, y declarar á Gianettino duque soberano.

EL MORO.—Así es: en la mañana fijada para la elección del Dux, el 3 de este mes.

FIESCO. (Con rapidez.)—Nuestra actividad durante esta noche hará abortar su mañana. ¡Pronto, Hassán! Nuestro plan está perfecto. Llama á los demás... les tomaremos una delantera sangrienta. ¡Corre, Hassán!

EL MORO.—Antes he de vaciar mi saco de noticias. Dos mil hombres han entrado con toda felicidad. Los he escondido en el convento de Capuchinos, en donde ni el más leve rayo de sol puede descubrirlos. Arden en deseos de ver á su capitán, y son gente que vale.

FIESCO.—Cada una de sus cabezas te produce un esendo... ¿Qué se murmura en Génova de mis galeras?

EL MORO.—He aquí mi golpe maestro, señor Conde. Más de cuatrocientos aventureros, que han desembarcado aquí á consecuencia de la paz entre España y Francia, cercaban á mis hombres rogándoles que se interesaran con vuestra señoría para que los enviase contra los infieles. Los he citado esta noche en el patio del palacio.

FIESCO. (Alegre.)—¡Me obligarás á abrazarte, bribón! ¡Soberbia jugada!... ¿Cuatrocientos dices?... ¡No hay salvación para Génova! Cuenta con cuatrocientos escudos.

EL MORO. (Cordialmente.)—¿No es así, Fiesco? Entre los dos vamos á poner á la república en tal estado, que se barrerán las leyes con la escoba... No os he dicho que entre los soldados de la guarnición los hay amigos míos, de toda mi confianza, tan seguros como lo es mi viaje al infierno. He ideado que por lo menos haya seis de ellos en cada puerta, los suficientes para engañar á los otros y anegar en vino sus sentidos. Si os aventuráis, por tanto, á tentar esta noche el vado, encontraréis á los centinelas dormidos.

FIESCO.—No hables más. Hasta ahora, sin humana ayuda, he puesto en conmoción esta masa monstruosa. Próximo al logro de mi fin, me avergonzaria de admitir en mi obra al personaje más insignificante. Tu mano, buen amigo. La deuda del Conde te la pagará el Duque.

EL MORO.—Además un billete de la Condesa Imperiali. Me hizo señas desde la calle; estuvo muy amable, y me preguntó, mofándose, si la Condesa de Lavaña no había su-

frido ningún ataque de ictericia. Yo le respondí que Vuestra Gracia sólo se interesaba en la salud de una persona...

FIESCO. (Después de leer el billete y tirarlo.)—Muy bien dicho; y ¿qué replicó?

EL MORO.—Que, á pesar de todo, deploraba la suerte de la pobre viuda, y que estaba pronta á darle la satisfacción debida, prohibiendo en lo futuro las galanterías de Vuestra Gracia.

FIESCO. (Con ironía.)—Que cesarán de seguro antes que llegue el fin del mundo. ¿No hay más, Hassán?

EL MORO. (Con malicia.)—Señor bondadoso, los negocios relativos á las damas están en contacto con los políticos...

FIESCO.—¡Oh! sin duda, y éstos sobre todo. Pero ¿qué pretendes con ese papelillo?

EL MORO.—Es una diablura mezclarlo con otros. Estos polvos me los dió la señora para verterlos diariamente en el chocolate de vuestra esposa.

FIESCO. (Retrocediendo pálido.)—¿Te los dió?

EL MORO.—Sí, señor; doña Julia, la Condesa Imperiali.

FIESCO. (Arrebatándose los violentamente de las manos.)—Si mientes, canalla, te convertiré en vida en veleta de la torre de San Lorenzo, para que gires nueve veces en un instante... Los polvos...

EL MORO. (Impaciente.)—Doña Julia Imperiali me ordenó que los sirviese á vuestra esposa en el chocolate.

FIESCO. (Fuera de sí.)—¡Monstruoso, monstruoso!... ¿Esa amable criatura?... ¿Es posible que sea tan infernal el alma de una mujer? Pero me olvidaba, oh divina Providencia, de darte las gracias por haber frustrado ese proyecto, valiéndote de un astuto diablo. Inescrutables son tus designios. (Al Moro.) Prometiste obedecerla, ¿y te callas?

EL MORO.—Sin duda. Puedo hacerlo, porque me pagó al contado.

FIESCO.—Este billete me invita á visitarla... ¡tré, pardiez!

Yo os persuadiré que me sigáis aquí. ¡Bien! Corre ahora cuanto te sea dable, y reúne á todos los conjurados.

EL MORO.—He adivinado esa orden, y los he citado aquí, bajo mi responsabilidad, á las diez en punto.

FIESCO.—Oigo pasos. Ellos son. Tú, belitre, mereces una horca superior á la de todos los hijos de Adán. Véte á la antesala hasta que yo te llame.

EL MORO. (Al salir.)—El Moro ha terminado su faena, y puede retirarse (Vase)

## ESCENA V.

Todos los CONJURADOS.

FIESCO. (Saliedo á su encuentro.)—La tempestad se aproxima. Las nubes se aglomeran. ¡Andad con cuidado! ¡Cerrad bien las puertas!

VERRINA.—Ocho puertas he cerrado ya. La sospecha no puede acercárenos ni á los cien pasos.

BORGONINO.—Ningún traidor hay aquí, si nuestro temor no nos vende.

FIESCO.—El temor no es posible, después que se pasa el umbral de mi puerta. Bien venido sea el que es hoy lo que ayer era. Sentaos. (Sientanse.)

BORGONINO. (Paseándose.)—No puedo sentarme, cuando sólo pienso en destruir.

FIESCO.—¡Genoveses, esta hora es por siempre memorable!

VERRINA.—Tú nos exhortaste á trazar un plan para dar muerte al tirano. Interrogáenos; aquí estamos, prontos á responderle.

FIESCO.—Antes, sin embargo, una pregunta, que por

tardía acaso parezca extraña... ¿Quién ha de sucumbir? (Cállanse todos.)

BORGOÑINO. (Apoyándose en los brazos del sillón de Fiesco, con intención.)—Los tiranos.

FIESCO.—Bien dicho: los tiranos. Os ruego que fijéis vuestra atención en el significado de la palabra... ¿Quién es más tirano, el que finge acabar con la libertad, ó el que puede hacerlo?

VERRINA.—Odio al primero y temo al segundo. ¡Caiga Andrés Doria!

CALCAÑO.—¿Andrés, el anciano Andrés, que acaso pasado mañana pague su tributo á la naturaleza?

SACCO.—¿Andrés, ese anciano bondadoso?

FIESCO.—¡Temible es la dulzura de ese anciano, Sacco! El orgullo de Gianettino es sólo ridículo. ¡Que caiga Andrés Doria! Tu sabiduría lo ha dicho, Verrina.

BORGOÑINO.—De hierro ó de seda, cadenas son al cabo las nuestras. ¡Que caiga Andrés Doria!

FIESCO. (Acercándose á la mesa.)—La vara se ha roto, pues, contra el tío y su sobrino. ¡Firmad! (Todos firman.) Quiénes han de ser, está ya resuelto. (Siéntanse de nuevo.) Veamos ahora lo más importante: el cómo han de sucumbir. Hablad primero, amigo Calcaño.

CALCAÑO.—Hemos de ser soldados ó asesinos. Lo primero es peligroso, porque nos obliga á contar con muchos cómplices, y expuesto, por cuanto no tenemos todavía á nuestro favor los corazones de nuestros conciudadanos... Para lo segundo hay aquí cinco buenos puñales. Dentro de tres días se celebra misa solemne en la iglesia de San Lorenzo. Los dos Doria asistirán á ella. Cerca de Dios Omnipotente se aduerme el recelo de los tiranos. He dicho.

FIESCO. (Con disgusto.)—Horrible, oh Calcaño, es tu plan razonable... ¡Rafael Sacco!

SACCO.—Pláceme los motivos, en que se funda el plan

de Calcaño, pero su solución me repugna. Prefiero que Fiesco invite á un banquete al tío y al sobrino, en que ambos, bajo el imperio de la cólera de toda la República, hayan de escoger entre morir heridos por nuestros puñales, ó perecer bebiendo vino de Chipre. Esto, por lo menos, es más cómodo.

FIESCO. (Con horror.)—¡Sacco! ¿Y si la gota de vino, que ha de paladar su lengua moribunda, hubiese de ser para ti pez ardiente, de sabor anticipado del infierno?... ¿Es posible, Sacco?... Renunciemos á tu plan. ¡Habla tú, Verrina!

VERRINA.—Todo corazón noble ha de llevar alta la frente. El asesinato nos confundiría con los bandidos. El héroe se distingue porque esgrime en la mano su espada. Yo creo que debemos dar en voz alta la señal de la rebelión y excitar á la venganza, francamente, á los patriotas de Génova. (Se levanta; imítanlo los demás, y Borgoñino se arroja á su cuello.)

BORGOÑINO.—Y armados nos conciliaremos los favores de la suerte! Así lo aconseja el honor, y tal es mi propia opinión.

FIESCO.—Y la mía. ¡Ánimo, Genoveses! (A Calcaño y Sacco.) Harto ha hecho ya la fortuna por nosotros; ahora nos toca trabajar por nuestra parte... ¡así, Genoveses, la revolución esta misma noche! (Verrina y Borgoñino se quedan sorprendidos, y los demás asustados.)

CALCAÑO.—¿Cómo? ¿Esta noche? Los tiranos son todavía muy poderosos, y contamos con pocos partidarios.

SACCO.—¿Esta misma noche? ¿Y nada se ha hecho aún, y el sol descende ya en el horizonte?

FIESCO.—Fundados son vuestros temores; pero leed esta carta. (Preséntales el escrito de Gianettino, y mientras lo leen con avidez él se pasea sonriéndose.) ¡Adiós ahora, estrella propicia de los Doria! ¡Te mostrabas orgullosa y refulgente, como si poseyeras con derecho el cielo de Génova, y sin

notar que hasta el sol sólo recorre una parte del firmamento, y divide con la luna el imperio del mundo. ¡Adiós, pues, astro favorable á los Doria! ¡También murió Patroclo, y valía más que tú!

BORGOÑINO. (Después de haber leído la carta.)— ¡Esto es horrible!

CALCAÑO.— ¡Doce de una vez!

VERRINA.— ¡Mañana en la Señoría!

BORGOÑINO.— ¡Dadme la carta! Yo recorreré con ella, como caballo aguijoneado por la espuela, toda la ciudad, de tal modo, que las piedras saltarán, y hasta los perros aullando denunciarán ese asesinato.

Todos.— ¡Venganza, venganza, venganza! ¡Esta misma noche!

FIESCO.— Ya os encontráis dispuestos como yo deseaba. En cuanto llegue la noche invitaré á una fiesta á los principales descontentos, sobre todo á los apuntados en la lista de Gianettino, y además á los Sauli, á los Gentili, á los Vivaldi y á Vesodimari, todos los enemigos mortales de los Doria, de quienes los asesinos, en su temor, se han olvidado. No, no dudo que acogerán mi plan con los brazos abiertos.

BORGOÑINO.— Ni yo lo dudo tampoco.

FIESCO.— Ante todo hemos de asegurarnos del mar. Tengo galeras y marinos. Los veinte buques de Doria están desarmados y sin tripulaciones, y fácilmente serán nuestros. Se cerrará la salida de la dársena, y no les quedará medio de huir. Si el puerto es nuestro, Génova quedará sujeta.

VERRINA.— Indudable.

FIESCO.— Después nos apoderaremos de los puntos estratégicos de la ciudad, y los fortificaremos. El más importante es la puerta de Santo Tomás, que lleva al puerto y sirve de vínculo á nuestro poder terrestre y marítimo.

Ambos Doria serán sorprendidos y muertos en su palacio. Alboroto en las calles; las campanas, tocando á degüello, para convocar á los ciudadanos, que aumenten nuestras fuerzas, y demos la libertad á Génova. Si la suerte nos favorece, sabréis lo demás en la Señoría.

VERRINA.— El plan es bueno.

FIESCO. (Con intención.)— Vosotros, Genoveses, me habéis puesto voluntariamente á la cabeza de la conjuración; ¿obedeceréis todos mis ordenes?

VERRINA.— Sí, si son acertadas.

FIESCO.— ¿Sabes tú, Verrina, cuál es la palabra capital de la ordenanza? Decidle, oh Genoveses, que se llama la subordinación. Si no puedo mandaros como me parezca... ¡tenedlo entendido!... si no he de ser el caudillo de la conjuración, ésta ha perdido uno de sus miembros.

VERRINA.— La libertad por toda la vida vale bien dos horas de servidumbre... Nosotros te obedeceremos.

FIESCO.— Dejadme ahora. Que uno de vosotros recorra la ciudad, y me informe del estado de resistencia ó de debilidad de los puntos estratégicos. Otro averiguará cuál es la palabra de orden. Otro tercero armará las galeras. El cuarto reunirá mis dos mil hombres en el patio de mi palacio. Yo, por mi parte, lo meditaré y dispondré todo, y si la dicha nos protege, haré saltar en los aires el banco de Faraón. Todos á las nueve aquí para oír mis ordenes.

(Llama.)

VERRINA.— Yo me encargo del puerto. (Vase.)

BORGOÑINO.— Yo de los soldados (Vase también.)

CALCAÑO.— Yo averiguaré cuál es la palabra de orden.

(Vase.)

SACCO.— Y yo haré la ronda de Génova. (Vase.)



## ESCENA VI.

FIESCO, y después EL MORO.

FIESCO. (Que se sienta en la mesa, y escribe.)—¿Pues no se han sobresaltado al oír la voz insignificante de subordinación, como la cruga contra la aguja?... ¡Ya es tarde, republicanos!

EL MORO. (Que entra.)—Señor...

FIESCO. (Levantándose, y entregándole una carta.)—A todos aquellos, cuyos nombres van escritos en este papel, los invito á asistir á una comedia esta misma noche.

EL MORO.—Probablemente para representar en ella algún papel. La entrada costará la vida.

FIESCO. (Con desprecio y extrañeza.) Después que hagas esto, no quiero que estés más tiempo en Génova. (Anda y deja caer una bolsa con dinero.) Este será tu último trabajo.

(Vase.)

## ESCENA VII.

EL MORO. (Que recoge lentamente la bolsa del suelo, y la contempla admirado.) ¿Así estamos uno y otro? «No quiero que estés más tiempo en Génova.» Esto, traducido del cristiano al pagano, significa: «cuando yo sea Duque, haré colgar á mi buen amigo de una horca genovesa.» Teme, si llega á ser Duque, que, conociendo yo su trama, sea bastante indiscreto para deshonorarlo. Poco á poco, señor Conde; antes es preciso pensarlo.—Ahora, viejo Doria, tengo tu

vida en mis manos... Tu ruina es segura, si no te lo advierto. Si voy á buscarlo, y le denuncio la conjuración, salvo al Duque de Génova nada menos que de la muerte y de la pérdida de su ducado. Este sombrero lleno de oro, ó más, puede ser el resultado de su gratitud. (Se dispone á salir, y se detiene de repente.) Pero no te precipites, amigo Hassán, porque estás á punto de hacer una tontería. ¿Y si toda esta mortandad no tiene feliz éxito, y al fin resultá de ella algo bueno? ¡Vaya, vaya! ¿Qué influjo puede tener mi avaricia en esta treta infernal? ¿Qué será peor... que yo venda á Fiesco... ó que entregue á Doria al puñal asesino? ¡Por el diablo, que tal problema pone á prueba mi astucia!... Si Fiesco logra su objeto, Génova se levanta. ¡Quita allá! No puede ser. Si Doria escapa, todo queda como antes, y la paz reinará aquí... ¡Peor aún!... Pero ¡y el espectáculo que ofrecerán las cabezas de los rebeldes al caer en el cesto del verdugo? (Vase en dirección opuesta.) ¿Y la diversión de esta noche, cuando SS. AA. sean degolladas á la señal del Moro? ¡No! Que un cristiano salga como pueda de estas dudas. Para un pagano es demasiado... Voy á consultar á un sabio. (Vase.)

## ESCENA VIII.

Salón en casa de la Condesa Imperiali.

JULIA en negligé.—GIANETTINO entra después asustado.

GIANETTINO.—Buenas noches, hermana.

JULIA. (Levantándose.)—Algo extraordinario sucede cuando el Principe de Génova viene á visitar á su hermana.

GIANETTINO.—Tú, hermana, estás siempre rodeada de mariposas, y yo de avispas. ¿Quién puede evitarlo? Sentémonos.

JULIA.—Casi me llenas de impaciencia.

GIANETTINO.—¿Cuánto hace ya, hermana, que te visitó Fiesco?

JULIA.—¿Qué cosa tan extraña! Como si semejantes bagatelas se conservaran en mi memoria.

GIANETTINO.—Me importa saberlo.

JULIA.—¡Bien!... Ayer.

GIANETTINO.—¿Y se mostró leal y franco?

JULIA.—Como siempre.

GIANETTINO.—¿Y persiste en su acostumbrado capricho?

JULIA. (Ofendida.)—¡Hermano!

GIANETTINO. (Con acento más enérgico.)—¡Escucha! ¿Y persiste en su acostumbrado capricho?

JULIA. (Levantándose indignada.)—¿Por quién me tomáis, hermano?

GIANETTINO. (Sentado; con ironía.)—Por una mujercita envuelta... envuella en un manto grandioso de nobleza. Sea dicho esto entre nosotros, ya que nadie nos oye.

JULIA. (Con viveza.)—Entre nosotros... Eres un mono osado y loco, que explota el crédito de su tío... ya que nadie nos oye.

GIANETTINO.—¡Hermanita, ¡hermanita! No tengas mala intención. Sólo me alegro de que Fiesco persista todavía en su antiguo capricho. Esto deseaba saber. Adiós. (Hace ademán de irse.)

## ESCENA IX.

Los MISMOS y LOMELINO, que entra.

LOMELINO. (Besando la mano á Julia.)—¡Perdonad mi atrevimiento, señora! (Volviéndose á Gianettino.) Ciertos asuntos, que no se pueden dilatar...

GIANETTINO. (Llevándose aparte. Julia, colérica, se sienta en el piano, y toca un allegro.) ¿Está todo preparado para mañana?

LOMELINO.—Todo, Príncipe; pero el correo, que salió hoy hacia Levanto, no ha vuelto todavía. Espinola no está aquí. ¿Si lo habrán detenido?... Mi ansiedad es grande.

GIANETTINO.—¡No tengas cuidado! ¿Conservas la lista acaso?

LOMELINO. (Perplejo.)—Señor... la lista... No sé... la habré dejado quizás en el bolsillo del vestido, que llevé ayer.

GIANETTINO.—¡Bien! ¡Si estuviese aquí Espinola! Fiesco amanecerá mañana temprano muerto en su lecho. Ya está arreglado.

LOMELINO.—Producirá un escándalo espantoso.

GIANETTINO.—¡La llave de nuestra seguridad, torpe! Crímenes ordinarios encienden la sangre de los ofendidos, y el hombre es capaz de todo. Atentados horribles llenan el alma de espanto, y acobardan los corazones. ¿Conoces el cuento de la cabeza de Medusa? Su vista petrificaba... Lo que no se hace, compañero, hasta á las piedras anima.

LOMELINO.—¿Y habías indicado algo á la señora Condesa?

GIANETTINO.—De ninguna manera. Hay que guardar con ella miramientos, tratándose de Fiesco. Sin embargo, cuando saboree los frutos, no deplorará su coste excesivo.

¡Ven! Esta noche aguardo más tropas de Milán, y he de dar mis órdenes en la puertas de la ciudad (A Julia.) Y bien, hermana, ¿se te pasará pronto el enfado?

JULIA.—¡Idos! Sois una visita poco atenta. (Gianettino, al salir, tropieza con Fiesco.)

### ESCENA X.

LOS MISMOS y FIESCO.

GIANETTINO. (Retrocediendo.)—¡Ah!

FIESCO. (Adelantándose con cortesía.)—Me libertáis, oh Príncipe, de una visita, que pensaba haceros ahora mismo.

GIANETTINO.—Nada más agradable para mí, oh Conde, que disfrutar de vuestra conversación.

FIESCO. (A Julia, besándole respetuosamente la mano.)—Estamos ya acostumbrados, señora, en vuestro palacio, á ver vuestras esperanzas más que colmadas.

JULIA.—¡No lo digáis! Si se trata de otra, el cumplimiento podría parecer equívoco... pero mi *negligé* me asusta. Perdonad, Conde. (Intenta irse á su gabinete.)

FIESCO.—Quedaos aquí, noble y bella señora. Nunca está tan interesante una mujer, como al levantarse del lecho; (Sonriendo.) es su traje más propio... Esos cabellos en desorden... Permitidme que yo lo aumente.

JULIA.—Y vuestro hábito, oh hombres, es desarreglarlo todo.

FIESCO. (Con candor á Gianettino.)—¡Los cabellos y la República! ¿No es igual para nosotros? También esta cinta se ha anudado en falso... ¡Sentaos, Lella Condesa!... Vuestra Laura sabe engañar los ojos, no los corazones... Dejádme que yo sea ahora vuestra doncella de cámara

(Ella se sienta, y le arregla su tocado.)

GIANETTINO. (Aparte á Lomelino.)—¡Pobre diablo, tan cándido!

FIESCO. (Ocupado en el atavío de Julia.)—Observad... cuán sabiamente oculto esto. Los sentidos han de ser siempre ciegos mensajeros, é ignorar cuanto pueden tramar juntas la imaginación y la naturaleza.

JULIA.—¡Qué frivolidad!

FIESCO.—No tanto. Ya veis que la nueva más importante pierde todo su precio en el momento en que se hace pública. Nuestros sentidos son como la sustancia principal de nuestra república interior. Por ellos vive la nobleza, pero siempre se eleva sobre sus aficiones vulgares. Termina su *coilette*, y la lleva delante de un espejo.) ¡Ahora, por mi honor! Este peinado será mañana moda en Génova. (Con galantería.) ¿Podré llevaros así por la ciudad, Condesa?

JULIA.—¡Oh, cuánta astucia! ¡Con qué arte se propone seducirme para hacer su voluntad! Pero me duele la cabeza, y quiero quedarme en casa.

FIESCO.—¡Perdonad, Condesa!.. Podéis hacerlo así, si queréis, pero no es ésa vuestra voluntad... Hoy, á las doce, ha llegado una compañía de cómicos florentinos, y me han propuesto representar en mi palacio... No me ha sido posible impedir que asistan á la fiesta las damas principales de la nobleza, lo cual me pone en el mayor embarazo, no sabiendo quién ha de ocupar el lugar preferente, de modo que no se ofendan las que asistan. (Haciendo una profunda cortesía.) ¿Seréis, señora, tan bondadosa?...

JULIA. (Que se ruboriza, y se va corriendo á su gabinete.)—¡Laura!

GIANETTINO. (Acercándose á Fiesco.)—¿Recordáis, Conde, cierto suceso desagradable, que ocurrió ha poco entre ambos?

FIESCO.—Deseo, en verdad, que ambos lo olvidemos... Nosotros, los hombres, obramos anos con otros como nós

place: ¿cuál es, por tanto, mi culpa, si mi amigo Doria no me conoce á fondo?

GIANETTINO.—Nunca, por lo menos, pensaré en él, sin pedir os un perdón sincero...

FIESCO.—Y yo jamás sin perdonaros cordialmente. (Julia vuelve algo más ataviada.)

GIANETTINO.—A propósito, Conde: ¿no os proponéis emprender una cruzada contra los Turcos?

FIESCO.—Esta misma noche levantaremos las áncoras... Sobre este punto abrigo alguna inquietud, que la amabilidad de mi amigo Doria me ayudará á disipar.

GIANETTINO. (Con mucha cortesía.) ¡Con toda mi alma!... Contad con mi influencia.

FIESCO.—Este suceso producirá hacia la noche en el puerto y en mi palacio algún movimiento, que el Duque, vuestro tío, podrá acaso interpretar mal...

GIANETTINO. (Con cordialidad.)—Yo me encargo de evitarlo. Alejaos de aquí, y os deseo en vuestra empresa la mejor fortuna.

FIESCO. (Con lisonja.)—Jamás olvidaré vuestra bondad.

## ESCENA XI.

LOS MISMOS, y UN ALEMÁN de la guardia.

GIANETTINO.—¿Qué hay?

EL ALEMÁN.—Al pasar yo por la puerta de Santo Tomás, vi numerosos hombres armados, que corrían hacia la dársena, y las galeras del Conde de Lavaña, que se aprestaban á hacerse á la vela...

GIANETTINO.—¿Nada hay más importante? Basta de esto.

EL ALEMÁN.—Bien. Gentes sospechosas circulan junto al

convento de Capuchiuos, y se deslizan en el mercado... Por su paso y por su aspecto, parecen soldados...

GIANETTINO. (Colérico.)—¡Qué exceso de celo el de este imbécil! (A Lomelino, en confianza.) Son mis Milaneses.

EL ALEMÁN.—¿Ordena Vuestra Alteza que sean detenidos?

GIANETTINO. (Alto, á Lomelino.)—¡Id allá, Lomelino! (Con orgullo, al alemán.) ¡Véte ahora! ¡Está bien! (A Lomelino.) Haced entender á este buen alemán que se calle.

(Vase Lomelino con el Alemán.)

FIESCO. (Que, mientras tanto, bromeaba con Julia, y miraba á hurtadillas.)—Nuestro amigo está de mal humor... ¿Puedo saber la causa?

GIANETTINO.—No es extraño. ¡Tanta pregunta, tantas noticias! (Vase.)

FIESCO.—El teatro nos aguarda. ¿Osaré ofreceros el brazo?

JULIA.—¡Paciencia! Antes necesito envolverme en mi abrigo. Pero nada de tragedias, Conde, porque me persiguen en sueño.

FIESCO. (Irónicamente.)—¡Oh! Al contrario, nos moriremos de risa, Condesa. (Vanse. Cae el telón.)